



ES COMO ESTAR EN CASA...

Edgar Corzo Sosa

En contados lugares uno se siente como si estuviera en casa. Esto me ha pasado a mí en los más de treinta años de pertenecer a la comunidad del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM; me he sentido en mi casa.

Cuando llegas al Instituto, igual que en casa, te envuelve un ambiente agradable que se concreta en el saludo amable de quienes te vas encontrando en el camino hacia tu cubículo, como si te estuvieran esperando para decir que ya estamos completos. Igualmente, desde que entras vuelven a ti las ganas de seguir leyendo el libro que dejaste sobre tu escritorio, de hojear el artículo que encontraste y en donde esperas leer algunas ideas de lo que estás pensando; es como si te adentraras en un espacio aislado del mundanal ruido exterior que te distrae, es como dejar que el tiempo pase sin ninguna preocupación, es dejarte llevar por tus reflexiones y darte cuenta, de repente, que el tiempo ha pasado más rápido de lo que pensabas, literalmente voló...

Ya en tu cubículo, deseas, igualmente como en casa, una buena taza de café que te acompañe en tus reflexiones, o un vaso con agua o una soda que te haga sentirte hidratado y más cómodo. Si no lo tienes a la mano, sales a buscarlo. Corres el riesgo, eso sí, de quedarte más tiempo del requerido, porque no es que fijes un tiempo exacto para ir a tomar el café a una hora y lugar específicos, sino que sales para disipar tus ideas, comentar y departir unos momentos con quien te encuentre.

Esos sentimientos, y muchos más, son los que surgen al entrar y estar en el Instituto; porque es como si estuvieras en casa.

Hoy, estos tiempos de pandemia han cambiado en mucho esos sentimientos. No es que los haya aniquilado, para nada. Están ahí, pero no fluyen de la misma manera. Por ejemplo, entrar anticipadamente a una reunión virtual, saludar y recibir la respuesta inmediata de quienes ya están conectados, hace que uno se sienta como si estuviera en el edificio del Instituto. Los comentarios amables, sencillos, cariñosos, agudos y mordaces, logran un ambiente que te envuelve y hace que nos olvidemos de que estamos viéndonos a la distancia. Las sonrisas aparecen a flor de piel, los saludos cruzados enfrente de quienes estamos conectados hacen que volvamos a sentirnos en el ambiente de siempre.

Estos momentos, sin embargo, son fugaces, ya que al iniciar la reunión virtual muchas cosas cambian, de repente un ruido te recuerda que estás frente a una computadora, adviertes que si te distraes nadie lo notará, que puedes escuchar, escuchar y seguir escuchando, o bien que puedes pararte y nadie dirá nada... esa es, también, nuestra realidad en estos momentos.

Tuve conocimiento del Instituto, que considero mi casa, allá por los comienzos de 1985, cuando cursaba mi tercer semestre de la carrera. Y lo tuve por varios caminos. Ya alguien me había comentado de su existencia cuando estaba realizando, en el segundo semestre, una estancia en la biblioteca de la Facultad de Derecho. También tenía profesores que eran distinguidos investigadores en el Instituto y, de igual manera, alguien me dijo que en breve entraría al Instituto como becario. Con todas estas referencias era imposible no voltear a ver al Instituto y querer ingresar. Había tomado clases con Jorge Madrazo, quien recién había sido nombrado director del Instituto. Con el apoyo de la maestra Patricia Villalobos, directora de la Biblioteca, y de Jorge Adame Goddard, excelente investigador y mi profesor de derecho romano en la Facultad, me entrevisté, junto con un grupo de estudiantes, con Jorge Madrazo, ya como director. Fue una entrevista corta, en donde nos dijo lo que significaba ingresar al Instituto. Después pasamos a entrevistarnos con el secretario académico del Instituto, el maestro José de Jesús Orozco Henríquez, quien nos dio más detalles y nos derivó, a quienes pasamos el primer filtro, a las diversas áreas del Instituto. A mí me asignaron a la Sección de Legislación y Jurisprudencia, coordinada por el licenciado Ezequiel Guerrero Lara, de la cual tenía referencias muy buenas. Recuerdo que cuando abrí la puerta de esa Sección, saludé al licenciado Guerrero Lara y también a los becarios y técnicos académicos que se encontraban ahí en ese momento: Sonia Venegas Álvarez, Enrique Guadarrama López e Ismael Eslava Pérez, así como la secretaria María Luisa. Con ellos compartí muchos momentos de estudio, de trabajo, de compañerismo. Ahí en esa Sección me nació el gusto por la juris-

prudencia y por el Poder Judicial Federal. Recuerdo que trabajamos todo el tiempo con la colección del *Semanario Judicial de la Federación* donada por José Castro Estrada, toda ella empastada.

Vienen a mi memoria, como si fuera ayer, los eventos internacionales, los cuales eran todo un acontecimiento, pues prácticamente todos nos involucrábamos en su organización, becarios, técnicos académicos, personal administrativo, investigadores; sin ninguna distinción, pues era el evento de todo el Instituto.

Estos sucesos tuvieron lugar en la Torre II de Humanidades, donde se encontraba alojado el Instituto, muy cerca de la Facultad, por lo que saliendo de las clases sólo teníamos que dar unos cuantos pasos para llegar a Jurídicas. En esa Torre II de Humanidades el Instituto resintió el temblor de septiembre de 1985. Afortunadamente, nada grave sucedió y a poco tiempo, gracias a las gestiones del entonces rector Jorge Carpizo, inauguramos el nuevo edificio del Instituto en la zona de la Investigación en Humanidades, donde actualmente nos encontramos. Disfrutábamos mucho yendo a ver los progresos de la construcción, soñando el área en la que estaríamos trabajando, o los eventos que organizaríamos en su maravilloso auditorio. Era un excelente lugar, aun cuando estaba ubicado lejos del resto de las facultades y de las áreas administrativas de la Universidad. La cercanía con Rectoría, sin embargo, era total.

Pertenezco a una de las generaciones de estudiantes que ingresaron al Instituto y fueron beneficiados por su Subcomité de Becas, quien nos apoyó para que la UNAM nos diera una beca y realizáramos estudios en el extranjero. En mi caso, como me imagino en el de los demás, esta beca cambió nuestras vidas. Regresé a la Universidad y al Instituto después de mis estudios de posgrado, y he seguido formando parte de él durante todo este tiempo, sintiendo que todavía no termino de retribuirle una pequeña parte de todo lo que me ha dado; es más, seguiré el resto de mi vida quedándole a deber. Mientras sigo saldando mi deuda, quiero reconocer que el Instituto ha logrado en estos primeros 80 años un lugar muy merecido y prestigioso en el ámbito del derecho mexicano, del latinoamericano y del mundial, gracias a las generaciones que en él se han formado o que por él han pasado, desde Felipe Sánchez Román en su fundación.